Paz Alicia Garciadiego

Medalla Salvador Toscano
al mérito cinematográfico 2013

Paz Alicia Garciadiego

Medalla Salvador Toscano

al mérito cinematográfico 2013

Medalla Salvador Toscano

AL MÉRITO CINEMATOGRÁFICO 2013

OTORGADA POR

Cineteca Nacional • Fundación Carmen Toscano, I.A.P. • Academia Mexicana de Artes y Ciencias Cinematográficas A.C.

Paz Alicia Garciadiego

DESTACADA GUIONISTA

CONACULTA · CINETECA NACIONAL MÉXICO · 40 años CINETECA NACIONAL · TOSCANO IAP · AMACC ACADEMIA MEXICANA DE ARTES Y CIENCIAS CINEMATOGRÁFICAS

Nací en un México en blanco y negro. La Juárez, una colonia de ultramarinos en las esquinas y estanquillos a la mitad de la cuadra, ya para entonces, comenzaba su larga decadencia. A ella llegaron mi padre y mi madre, cada uno respectivamente de Guadalajara y Jalapa, cuando la provincia cedió de una vez y para siempre ante el encanto atronador de la capital. Carne, pecado y modernidad suplantaban a la inmóvil *pax* provinciana.

Ellos se criaron ahí, en la Juárez. Ahí se conocieron y ahí se casaron. Y por supuesto allí se mudaron cuando yo levantaba dos palmos del piso.

Mi casa estaba cerca de un cine, uno que sólo los más viejos que yo –aquellos que quedan– recordarán su existencia, el Parisiana, ubicado en una esquina recortada. Era de doble función, dedicado a películas gringas, y acogía básicamente a señoras del barrio. En aquellos años que antecedían por poco a la llegada de la tele, ir al cine era la ocupación vespertina por excelencia de la clase media mexicana.

A ese cine y a esa colonia debo mi gusto por las películas.

Mi abuela me llevaba, mi padre me llevaba, mi tío me llevaba y sobre todo –y ese era mi más profundo secreto– me llevaba Ernestina.

Trabajaba en casa de mi abuela desde hace varios años. Era alta, enorme, de caderas anchas, brazos poderosos, bigote oxigenado y hasta que no haya una prueba suficiente que derrote mi memoria, gitana, o mejor dicho "húngara" como les llamaba mi abuela mientras me hacía cruzar al lado contrario de la acera para no toparnos con *ellos*.

Todas las tardes luego de la comida, tempranera conforme a las costumbres de mi casa, le avisaba a mi abuela que me llevaba al parque. Cuando hoy día lo pienso me doy cuenta que no existía ningún parque cercano, pero probablemente nadie en mi casa tenía empeño en desenmascararla. Siempre he odiado las mentiras mal urdidas.

Entonces me llevaba al Parisiana.

Apenas dábamos la vuelta a la esquina comenzaban las amenazas: si les dices que te llevo al cine, mi padre matará al tuyo a puñaladas, le retorceré el cuello a tu madre como si fuera pollo desplumado y tu abuela se consumirá en fuego que le saldrá del fondo de las entrañas. Yo, a pesar de mis años, entendía cabalmente sus amenazas.

Nadie lo sabía, era un secreto sellado con pánico entre ella y yo. El pánico era mío, por supuesto.

Ernestina era la amante del cácaro. Tarde a tarde ellos se entregan a los fragores amorosos en la cabina del proyeccionista y yo veía la función doble "de moda", como se le llamaba entonces. Tarde a tarde, ellos y yo durante dos largos años.

Veía lo que fuera: de amor, de vaqueros, de catástrofe, de miedo –entre las cortinas de terciopelo de la puerta– y las musicales, que eran mis favoritas. Lloraba, reía y pensaba que en ese resquicio entre las tres y las seis de la tarde yo me colaba a ese otro mundo. El del celuloide. Un mundo real, incuestionablemente real, perfecto e inmarcesible. Ese mundo era al que yo pertenecía o debería pertenecer.

Por supuesto que no se me ocurría que algún día yo tendría algo que ver con las películas. No sabía que las películas se hacían. Las películas eran. Eran y ya.

Existían en ese otro mundo en el que en las noches eran de luces azuladas y no necesitaban de lámparas o focos y la música de fondo acompañaba a los momentos buenos, y también los malos.

En ese cine no sólo aprendí a leer los subtítulos, aprendí sobre todo –y a la larga más importante– a leer cine. Entender la forma específica de la manera que tiene el cine para contar un cuento. Aprendizaje inconciente por supuesto, como casi todos los buenos aprendizajes.

Un aprendizaje que hoy día me doy cuenta que se me encarnó en la carne y en el alma.

Nunca conté el secreto de mis tardes con Ernestina. Lo guardé con coraje y valentía, si bien es cierto que un día le lancé un ladrillo mientras limpiaba la zotehuela. Le abrí el cráneo. Jamás en toda mi vida le he atinado a ningún otro blanco.

Hoy, el rencor que le tuve a la terrible Ernestina y su amuleto de cristal en el pecho se ha diluido y se ha convertido casi en un tibio agradecimiento. Cosas del destino. A ella, a fin de cuentas, le debo el actual derrotero de mi biografía.

A mi entrada a primaria dejamos la Juárez. En el sur de la ciudad no había cines a una cuadra, ni ropavejeros, ni gitanos. Todo olía a nuevo. Había o estaba por comenzar, la televisión. La ciudad de México ingresaba en pleno a la modernidad.

Yo entré a una rígida escuela de monjas. En ella aprendí gran parte de las cosas buenas que me han servido de instrumento el resto de mi vida. La sensación de pertenencia y la curiosidad. Habían también largos pasillos, mucha madera, un refectorio con hedor a pepino fermentado, mucho sentido de la responsabilidad –ojo: que no del deber– una conciencia de "lo público" que me ha acompañado toda mi vida, y un universo enteramente femenino

que curiosamente a la larga me dio un aplomo cabal, aplomo que ya querrían las feministas. Las mujeres eran todo mi universo: las listas, las tontas, las malvadas y las heroicas. No podía sentirme intimidada por los varones, porque en mi mundo lisa y llanamente no existían.

En ese largo período incubé mi segunda pasión: la lectura.

Leí sin método ni descanso. Leí de todo y todo. Leí con pasión, aprendiendo e incluso sin entender.

Leía y me encantaba que me leyeran.

Las monjas leían durante el tejido o la clase de dibujo, o al principio de la comida, o en los retiros espirituales. Mi abuela me leía antes de acostarnos. Yo leía libremente cualquier libro que encontrara en casa para escándalo de mi padre, que trató de impedir inútilmente que acortara mi infancia leyendo libros de "gente grande" que mi madre y mi abuela dejaban en mis manos.

A mi padre lo escandalizaba particularmente que leyera *La montaña mágica*,

que seguramente nunca leyó. De haberlo hecho se habría sorprendido, no escandalizado.

Era un mundo quieto con lugares preestablecidos y códigos inamovibles desde hacía varios siglos. Huelga destacar que en aquel mundo tan estructurado antes del sesenta y ocho en el que yo pertenecía con plena patente de corso, no había cabida para mis dos vicios, el cine y la lectura. No es que fueran prohibidos, si no que pasaron a ser algo más que un vicio menor, una actividad paralela. Un hobby.

Ojo, no me hago la mártir: no estaba mal visto que me gustara. Era solamente una actividad destinada a ser un gracejada en mi biografía, un adorno, una fruslería. Podía haber aprendido a cocinar como tantas otras muchachas de entonces, pero como era bohemia y contestataria me gustaba el cine y la lectura de libros prohibidos. No era malo, era banal.

Pero llegó el sesenta y ocho. Y el cambio del mundo me agarró casada.

Un matrimonio muy, muy precoz producto de mi tendencia a la rebeldía y la bohemia, hizo que el sesenta y ocho me tocara madre de mi primer hija.

Sin embargo y contra todo pronóstico, entré a la Facultad de Filosofía, imagino que para escribir. Digo imagino porque probablemente era un sueño muy remoto, casi inconciente para esa que era yo en aquel entonces. Ellos, los escritores, existían en otro mundo, ese que se abría en el mismo resquicio del cine.

Iba, como todos, al cine club de la facultad, a la Muestra, pero no pensaba que el cine se hacía y mucho menos que yo pudiera hacerlo. El cine era, y punto. Y era perfecto, lejano, inalcanzable.

Curiosamente hoy en día, luego de muchas películas filmadas, sigo entrando a la sala con alma de espectadora. Más concretamente de espectadora niña, y veo la película con el candor de quien no sabe que alguien hizo esa película: la escribió, eligió a la actriz, armó el carrito del *dolly*. Como si me siguiera siendo ajeno el proceso. A lo mejor gracias a eso me sigue gustando ver cine.

Acaso en algún momento pregunté en el CUEC sobre sus requerimientos. Mi maternidad y la laxa imposibilidad de sus horarios impidieron que mis indagaciones prosperan. Ya dije: el cine era. Y sí, el cine se hacía y lo hacían otros, otros distintos a mí. Por ejemplo, los del CUEC.

Mientras tanto terminé la carrera y entré a Estudios Latinoamericanos, y me convertí en una investigadora de sociales seria y formal. Las vueltas de la vida y un divorcio me orillaron a dejar los plácidos páramos de la UNAM e integrarme al mundo de los empleados de gobierno.

Aquello fue un cambio. Ahí mis artes no valían. Ni que fuera yo disciplinada, ni enjundiosa, ni comprometida y mucho menos dada a la ensoñación y la bohemia, ni que hubiera leído esto o aquello. Acaso servía que escribiera. Ahí la valía estaba en los conectes, los conocidos, la grilla. Aún hoy lo recuerdo con escalofríos.

El mundo se me achicó de golpe y porrazo. Temí que nunca más pudiera salir de los horarios y las pilas de oficios que me tocaba escribir. Era un callejón sin salida. Este nuevo mundo había cancelado mis pasiones previas, mis delicuescencias, mis fantasías. Me había convertido en Gregorio Samsa.

Pero la chamba es la chamba. ¡Y al trabajo que se te hace tarde! ¡Y a Mandujano le encanta fregar por una cosa o por la otra! Ahí estuve, mañana con mañana, día con día. Nunca fui más dada a rememorar mis tardes en el Parisiana.

Con todo y todo debo aclarar que la pasaba bien. Hacía amigos, conversaba y le contaba a las secretarias todo tipo de anécdotas. Las escuchaban con entusiasmo: «licenciada debería hacer telenovelas», me decían. Pero yo no estaba destinada a hacer telenovelas. Ni las veía, ni me gustaban. No eran parte de mi mundo ni de mis fantasías.

Pero un día –¡Ah! Siempre hay un día. Un día, llegó el día.

Por entonces pasaba largas horas en medio de un embotellamiento producto de una remodelación. No tengo que abundar. Largas y largas horas inmóvil en mi coche. Yo y la radio. Ahí descubrí las radionovelas. Concretamente *La sombra del caudillo*.

Me acompañaba en esas, mis horas quietas. Me divertía, me entusiasmaba y, como ya la había leído, sugería cambios en mi imaginación, le hacía correcciones, la modificaba, la alargaba, la acortaba, la hacía mía. Mía y más que mía.

Una mañana me quedé encerrada en el coche hasta que terminó el capítulo. Adentro de mi Volkswagen llegué a la conclusión de que eso es lo que quería hacer. Por primera vez en mi vida fui cabalmente conciente de que el cine, la tele, las novelas se hacían.

Por supuesto que toda mi vida supe y sabía que alguien hacía las películas, escribía las novelas, pero nunca se me cruzó por la cabeza que yo podía ser

una de ellos. Esa mañana, entre oficio y oficio, supe que yo haría eso: escribiría esos mundos anchurosos, los de entre las páginas, los de atrás de los telones de los cines. Ese día tuve una certeza elemental: yo podía escribir una radionovela como las de Radio Educación, idéntica, incluso mejor.

Así de simple, de llano, de torpe.

Como a las monjas les aprendí la contumacia, pregunte, indagué, pedí y encontré.

No mucho tiempo después trabajaba yo en la SEP haciendo historietas. Género para mi ajeno y distante. Lo hice por una temporada corta que me permitió ir lentamente cortando mis cadenas burocráticas. Escribí historietas, radio, televisión.

Nunca trabajé en los medios comerciales. Ni siquiera fue una decisión. Fue mi destino. Un día, en una editorial de cómics pornográficos, el jefe luego de revisarme con la mirada, lo dijo sin pelos en la lengua: «la señora es como demasiado educada».

Trabajé con empeño, en cosas buenas y en porquerías de las que uno se avergüenza con el tiempo. Pero me sirvieron. De ellas aprendí a trabajar conciliando lo que yo quería y lo que querían los otros.

Ahora bien, eran géneros menores que no estaban hechos de celuloide. Mi historial de lectora de buena literatura no me dejaba perderme entre sus ramas.

Pero siempre he sido una mujer de buena suerte.

Un día encontré a Ripstein. Fue en una fiesta, y contra todo pronóstico hablamos de un tópico que le interesaba a poca gente y que a mí, en secreto, me fascinaba: las herejías medievales. Eran los setenta, los años de la militancia y la furia. Yo era una diletante, prueba de ello es que lo que me interesaba eran las herejías y cacerías de brujas en vez de los cantos de protesta y las marchas.

Y de pronto encontré a alguien al que también le gustaban. Bingo.

Pero no hubiera pasado de una segunda vez. Aquella noche no habría pasado de ser una ocurrencia, una fortuita extraña afinidad con un desconocido. Pero días más tarde lo encontré en el UTEC, televisora cultural estatal que ya pocos recuerdan. Estábamos en un pasillo. Le conté historias. De esas que yo siempre había contado, esas heredadas de la pasión por escuchar lecturas en voz alta, hijas de las sobremesas de mi familia veracruzana dada a la divagación y la cháchara.

Le gustó lo que le conté. Poco tiempo después me ofreció una película.

Cenicienta.

Yo era una cenicienta salida de los finales felices de las películas de los cincuenta, de mi universo infantil.

Entré en pánico y lo superé. Me explicó qué quería y me dio fechas. Recuerden que siempre fui una alumna aventajada: trabajé con denuedo, dejé el aliento y me divertí como nunca lo había hecho.

Descubrí en ese momento que yo tenía algo dentro. Algo que contar. No me atrevo a llamarle vocación, pero el júbilo que me produce escribir mis cosas hasta el día de hoy sigue siendo mi prenda más querida.

Pocos días después presenté el guión, firmé el contrato y se filmó la película.

Nadie me advirtió que en la aventura del cine mexicano son más frecuentes los comienzos dichosos que los finales felices. El mío fue uno de ellos. Escribí *El imperio de la fortuna* desde la inconciencia y la buena suerte.

Años más tarde me di cuenta que la mía había sido la historia de una cenicienta.

Ripstein y yo, de aquel momento en adelante, filmamos más de una docena de películas, marcadas todas por un sentido de la estética obscura y desencantada. Nos fascinaban las mismas cosas y las poníamos en la pantalla. La nuestra fue la unión de los iguales.

Yo probablemente más cercana a la psicología de los personajes. Él obsesionado con la cámara. Pero en el fondo de las cosas, las visiones idénticas, gemelas, hermanas.

Trabajamos con ahínco y con pasión. Hicimos las películas que quisimos y como las quisimos. Ambos estábamos presos de una urgencia: la de contar una historia. Esa historia.

Tuvimos buenas rachas y malos momentos.

Tuvimos batallas ganadas: poder filmar *Mentiras piadosas* contra viento y marea y con la honra de un funcionario en la mano (el citado aludió a sus partes de una manera más directa). Momentos mágicos durante la alta y estrellada noche tlaxcalteca. Tuvimos risas, llanto, triunfos y derrotas. Pero al menos yo nunca he tenido vergüenza alguna.

Pero dejemos en este punto de hablar de mi filmografía para no aburrirlos con una larga lista de títulos. Títulos, críticas, premios se pueden consultar en la computadora, la actual enemiga de la curiosidad y el misterio.

Mejor quiero rescatar que he hecho cine desde el gozo, desde el resquicio que me permitió colarme detrás de la pantalla del negro, enorme y vacío cine Parisiana.

Y aquí y ahora quiero darle las gracias al destino y a Ripstein, un extraño agente que irrumpió de golpe en mi biografía y de una manera oblicua y contradictoria a Ernestina, esa gitana fogosa que me dejó sola y bañada en llanto viendo *Shane* dos veces seguidas en la función de la tarde.

La tarde que me abrió el mundo de los cuentos por contar.

Paz Alicia Garciadiego

pact of Ameri-
. Americans
account the
tries when mak-
. Eight in 10
s a good thing
stions are
world.

What's interesting, is that Ameri-
cans should fear nuclear weapons so
much more than others while possess-
ing most of the world's supply them-
selves.

While anti-Americanism is growing
and the sympathy felt toward America
after the Sept. 11 attacks has eroded,

ministration, and unilateral-
ry. We may have most of the nuclear
weapons, but terrorists have shown
they don't need nuclear weapons.
Bush's policies feed the world's ani-
mosity, and when he begins his war
with Iraq it will only get worse.

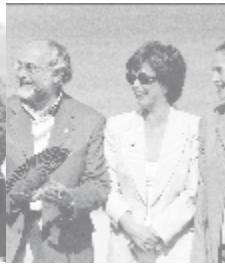
La trayectoria de Paz Alicia Garciadiego en nuestra industria cinematográfica y su aportación para engrandecer aún más el oficio del guionismo, ha quedado asentada de manera indiscutible en más de una ocasión dentro y fuera de México. Su trabajo puede verse como un parteaguas para el melodrama fílmico de nuestro país gracias a una estructura literaria donde la psicología de los personajes, la atmósfera perturbadora que se cierne sobre ellos y los destinos trágicamente lógicos de sus derroteros, sustituyeron a la lágrima fácil y la anécdota trillada.

Este logro no es poco, y fue notado no sólo por el público que reaccionó como abofeteado por sus historias (¿pero acaso no se trataba, en efecto, de una bofetada despabiladora?), sino también por diversas personalidades de la esfera intelectual dentro y fuera de nuestro país, quienes han visto en los filmes escritos por ella, los valores inherentes a una propuesta de ruptura.

Ejemplo de ello es el historiador franco-mexicano Jean Meyer, amplio conocedor de su filmografía, quien en una carta de recomendación fechada en marzo de 2013, enlista algunos de los logros profesionales de la ganadora de la Osella de Oro al mejor guión en la *Mostra* de Venecia, por *Profundo carmesí* (1996): el total de cinco premios nacionales y diez internacionales otorgados a su obra; su participación como miembro del jurado de varios festivales alrededor del mundo y su actividad pedagógica como docente y asesora de guionismo, tanto en Europa como en nuestro continente. Finalmente, Meyer concluye de la siguiente manera:

> «Creo que puedo afirmar, sin exageración, que en la categoría de guionista, en México, no hay dos como Paz Alicia Garciadiego. Es una creadora muy original que, a lo largo de los últimos treinta años, ha forjado de manera continua un verdadero universo estético y psicológico de una incontestable originalidad».

Elena Vilardell, Secretaria Técnica y Ejecutiva del Programa IBERMEDIA (programa de estímulo para la coproducción fílmica integrada por 19 países



iberoamericanos), es otra voz autorizada en la materia que se alza en reconocimiento a Garciadiego:

> «En el cine en español los guionistas han sido sistemáticamente olvidados. Su importancia les ha sido denegada contra toda evidencia, ya que ellos son quienes crean la historia, inventan a los personajes, les dan vida con diálogos. De este olvido injusto se destacan acaso tres nombres, tal vez cuatro, no más. Muy pocos para más de cien años de cine.
>
> Uno de aquellos que descuellan es, sin lugar a dudas, el de Paz Alicia Garciadiego».

Y entre los elementos que Vilardell enumera como justificación a su postura se cuentan:

1. El manejo del lenguaje, que en palabras del crítico Ángel Fernández Santos, «Nunca el español ha sonado mejor, más musical, más denso, más rico».
2. La elaboración de personajes complejos, «sobre todo sus personajes femeninos [que] alcanzan una densidad única en la cinematografía hispanoamericana».
3. La belleza de la sordidez, donde «el mundo terrible de lo mísero, llevado a su límite, alcanza con ella alturas de una nítida belleza».
4. La creación de un estilo, que «en una época en la que todo conspira para que el guionista sea un elemento secundario, Paz Alicia Garciadiego ha

logrado gestar un estilo que la distingue y que se distingue en sus películas». Y, finalmente:

5. El «amplio abanico de premios y distinciones» que acumula a lo largo de su carrera fílmica.

Apuntando que: «En este universo de apasionados y entregados profesionales, ella se destaca [como] un ejemplo para generaciones de jóvenes cineastas [ejerciendo] la docencia entre ellos con sorprendente generosidad y entusiasmo».

Otro testimonio importante es el de Víctor García de la Concha, director del Instituto Cervantes de Madrid –de cuyo patronato Paz Alicia Garciadiego es miembro–, quien expone que ella es:

> «uno de los referentes del cine latinoamericano contemporáneo [cuyas] películas se inspiraron en la tradición literaria y visual de la literatura mexicana de la Revolución [y que] el ámbito de festivales y de cine de autor europeo recibió las obras del tándem Garciadiego/Ripstein como una perfecta reflexión sobre la capacidad del cine mexicano para negociar con los modelos clásicos y para configurar un cine de enorme empaque narrativo y visual, capaz de cimentar una cinematografía ejemplar».

Estos ejemplos de admiración y justeza ante la obra de Paz Alicia Garciadiego, son apenas tres de muchos, muchísimos testimonios que dan fe de la importancia de una filmografía que, puesta ya en perspectiva, se trata en su conjunto de una de las piezas fundamentales en el quehacer cinematográfico mexicano de las últimas tres décadas, y cuya crónica no sería del todo pensable sin las historias, motivaciones, épocas, lugares y sentimientos por donde se mueve un puñado de personajes cuya carne y sangre inicia en el papel y la tinta usados por esta creadora en el pleno desarrollo de su arte. El mismo que nace de su imaginación.

José Luis Ortega Torres

FILMOGRAFÍA

1985 *El imperio de la fortuna*
(Arturo Ripstein, México)
1988 *Mentiras piadosas*
(Arturo Ripstein, México)
1989 *Noche de paz* (cortometraje)
(Ximena Cuevas, México)
1991 *Ciudad de ciegos* (un episodio)
(Alberto Cortés, México)
La mujer del puerto
(*Woman of the Port*. Arturo Ripstein, México-Estados Unidos)
1993 *Principio y fin*
(Arturo Ripstein, México)
1994 *La reina de la noche*
(Arturo Ripstein, México-Francia-Estados Unidos)
1996 *Profundo carmesí*
(Arturo Ripstein, México-España-Francia)
1997 *El evangelio de las maravillas*
(Arturo Ripstein, México-España-Argentina)
1998 *El coronel no tiene quien le escriba*
(Arturo Ripstein, México-España-Francia)
1999 *Así es la vida…*
(Arturo Ripstein, México-España-Francia)
2000 *La perdición de los hombres*
(Arturo Ripstein, México-España)
2002 *La virgen de la lujuria*
(Arturo Ripstein, México-España-Portugal)
2006 *Carnaval de Sodoma*
(Arturo Ripstein, México-España)
2011 *Las razones del corazón*
(Arturo Ripstein, México-España)

RECONOCIMIENTOS

1989 Premio de primer lugar al argumento y guión cinematográfico por *Mentiras piadosas*. Festival de Cine de Bogotá, Colombia.

1993 Primer premio del Concurso Latinoamericano de Nuevo Cine al proyecto por filmarse *La reina de la noche*. Fundación Nuevo Cine – Gobierno de la ciudad de México.

1996 Ariel al mejor tema musical o canción especialmente escrita para cine por *La reina de la noche* (compartido con la compositora Lucía Álvarez). Academia Mexicana de Artes y Ciencias Cinematográficas.

1995 Premio al mejor guión inédito por *Profundo carmesí*. Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, Cuba.

1996 León de Oro al mejor guión cinematográfico por *Profundo carmesí*. Muestra Internacional de Arte Cinematográfico de Venecia, Italia.

1998 Premio al mejor guión inédito por *El coronel no tiene quien le escriba*. Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, Cuba.

2000 Premio al mejor guión cinematográfico por *La perdición de los hombres*. Festival Internacional de Cine de Donostia-San Sebastián, España.

Salvador Toscano

Nació en Guadalajara, Jalisco, el 24 de mayo de 1872. En la ciudad de México estudió Ingeniería Civil en el Colegio de Minería, recibiéndose en 1897; a lo largo de su vida, participó en diversas comisiones hidrográficas y obras municipales en distintos estados del país, además de que supervisó la construcción de carreteras para la Secretaría de Comunicaciones y Transportes. En 1895 conoció el Cinematógrafo de los hermanos Louis y Auguste Lumière gracias a un artículo encontrado en la revista científica *La Nature*. Cuando los enviados de la compañía Lumière llegaron a México, adquirió un aparato del novedoso invento. En 1896 inauguró una sala de exhibición en la ciudad de México (Jesús María 17, Centro Histórico) y en 1897 abrió el *Cinematógrafo Lumière*, en la calle de Plateros, hoy Madero, del Centro Histórico. Entre aquel año y el triunfo de la Revolución Mexicana, Salvador Toscano filmó, recopiló y exhibió imágenes en movimiento sobre diversos episodios y escenas de la vida cotidiana de ese complejo momento histórico. Presentados en forma fija o itinerante, los programas de exhibición de películas que coleccionó muestran el incansable trabajo de edición, reedición y exhibición realizado por Toscano para dar forma a una historia fílmica de la Revolución Mexicana, editando distintas versiones de los sucesos históricos, con materiales filmados o adquiridos por él, que abarcan desde el Porfiriato hasta el gobierno de Plutarco Elías Calles. Retirado de la exhibición fílmica desde 1921, el ingeniero Toscano conservó y coleccionó imágenes hasta su muerte, ocurrida el 10 de abril de 1947. Su legado ha sido conservado y analizado por su hija, Carmen Toscano, quien realizó *Memorias de un mexicano*, estrenada en 1950, antología fílmica de la obra de su padre, cuyo contenido histórico y sus innegables valores cinematográficos le llevaron a ser declarado monumento nacional en 1962.

Filmografía de Salvador Toscano

1898 *La Alameda*
Corrida de toros por Guerrita
Corrida de toros en plazas mexicanas
Charros mexicanos lazando potro
Escenas de la Alameda
Gavilanes aplastados por una aplanadora
Llegada de Tlacotalpan a Veracruz
Norte en Veracruz
Pelea de gallos
El Zócalo
Baño de caballos en la Hacienda de Atequiza

1899 *Canarios de café*
Corrida de toros en Tacubaya
Don Juan Tenorio
Don Porfirio Díaz
Entrada de un vapor al puerto de Veracruz
Jarabe tapatío
Paseo en la Alameda, domingo a medio día
Presidente de la República despidiéndose de sus ministros
Rancheros mexicanos domando caballos
Rosario Soler en Sevillanas
Terrible percance de un enamorado en el cementerio de Dolores

1900 *Saliendo de la catedral de Puebla*

1904 *Fiestas del 16 de septiembre en Tehuacán*

1905 *Guanajuato*
La inundación de Guanajuato
Llegada de los restos del EmbajadorAspiroz

1906 *Combate de flores*
Concurso y combate de flores

Los charros mexicanos
Un 16 de septiembre
Fiesta de la Covadonga en el Tívoli del Eliseo
Fiesta popular en los llanos de Anzures
Fiesta del 5 de mayo en Orizaba
Gran corrida de toros en Guadalajara
Incendio del Cajón de ropa La Valenciana la noche del 4 de abril
Lago de Chapultepec
Salida de misa de las doce
Viaje a Yucatán

1907 *Inauguración del tráfico internacional de Tehuantepec*
1910 *Fiestas del Centenario de la Independencia*
1911 *Viaje triunfal de Madero*
1915 *Historia completa de la Revolución Mexicana*
1916 *Historia completa de la Revolución Mexicana* (segunda versión)
1917 *Las riquezas de Quintana Roo*
1921 *Las Fiestas del Centenario de la Consumación de la Independencia*

FUENTE: Fundación Toscano • fundaciontoscano.org/esp/filmografia_toscano.asp

Medalla Salvador Toscano

En 1983 la Cineteca Nacional instituyó la entrega anual de la Medalla Salvador Toscano al Mérito Cinematográfico. La medalla Salvador Toscano representa un estímulo a todos aquellos hombres y mujeres que, con su arte y su técnica, han contribuido, en cualesquiera de los campos del quehacer fílmico, a la historia y evolución del cine mexicano. Representa asimismo el esfuerzo por rescatar y difundir los múltiples momentos y actividades que conforman el universo de la experiencia fílmica, inherente a los más altos valores de nuestra cultura nacional, así como el compromiso institucional de preservar y difundir el acervo de la cinematografía nacional. Este reconocimiento ha sido entregado a los siguientes profesionales:

GALARDONADOS

1983 Hermanos Rodríguez
1984 Manuel Esperón
1985 Juan Bustillo Oro
1986 Roberto Gavaldón
1987 Carlos Savage
1988 Gonzalo Gavira
1989 Juan José Ortega
1990 Manuel Barbachano Ponce
1991 Alejandro Galindo
1992 Luis Alcoriza
1993 Gloria Schoemann
1994 Gunther Gerzso
1995 Guadalupe Marino
1996 Emilio García Riera
1997 Gregorio Walerstein
1998 Tomás Pérez Turrent
1999 Rosalío Solano
2000 Fernando Martínez Álvarez
2001 Miguel Zacarías Nogain
2002 Ismael Rodríguez
2003 Alfredo Ripstein
2004 Manuel González Casanova
2005 Alex Phillips Jr.
2006 Felipe Cazals
2007 Vicente Leñero
2008 Joaquín Gutiérrez Heras
2009 Alexis Grivas
2010 Jorge Ayala Blanco
2011 Ignacio López Tarso
2012 Jaime Humberto Hermosillo
2013 Paz Alicia Garciadiego

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

PRESIDENTE
Rafael Tovar y de Teresa

SECRETARIO CULTURAL Y ARTÍSTICO
Saúl Juárez Vega

SECRETARIO EJECUTIVO
Francisco Cornejo Rodríguez

Cineteca Nacional

DIRECTOR GENERAL
Alejandro Pelayo Rangel

DIRECTOR DE DIFUSIÓN Y PROGRAMACIÓN
Nelson Carro

DIRECTORA DE ACERVOS
Dora Moreno Brizuela

SUBDIRECTOR DE PROGRAMACIÓN
Alejandro Grande Bonilla

SUBDIRECTOR DE PUBLICACIONES
José Luis Ortega Torres

SUBDIRECTOR DE ACERVOS
Carlos Édgar Torres Pérez

SUBDIRECTORA DE INVESTIGACIÓN
Catherine Bloch Gerschel

SUBDIRECTOR DE DOCUMENTACIÓN
Raúl Miranda López

JEFE DE PROGRAMACIÓN Y ENLACE INTERNACIONAL
Dalia Rosa Peña Flores

INFORMACIÓN
José Antonio Valdés Peña

DIRECCIÓN EDITORIAL
Fabiola Pérez Solís

DISEÑO EDITORIAL
Elisa Orozco

CONACULTA
CINETECA NACIONAL
MÉXICO
40 años
CINETECA NACIONAL
TOSCANO
LAP
AMACC
ACADEMIA
MEXICANA DE ARTES Y CIENCIAS
CINEMATOGRÁFICAS